

**Soledad
en los
cafetales**

CH
863M
L37
S65

Lara Anzures, Nyрма

Soledad en los cafetales / Nyрма Lara Anzures.— Tuxtla Gutiérrez,
Chiapas, México : CONECULTA : El ala de la iguana, 2016.

45 p. : fotos ; 22 cm. (Diáspora chiapaneca)

ISBN 978-607-8426-90-4 (CONECULTA)

ISBN 978-607-96285-6-7 (El ala de la iguana)

1. CUENTOS MEXICANOS — CHIAPAS

La colaboración del CONECULTA-Chiapas en esta coedición fue posible gracias a los subsidios para instituciones estatales de cultura del Presupuesto de Egresos de la Federación, entregados por el CONACULTA.

© NYRMA LARA ANZURES

D. R. © 2015

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

El ala de la iguana S. A., Xochicalco 151, altos 101, Col. Narvarte, Delegación Benito Juárez, C.P.03020, México, D. F.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8426-90-4 (CONECULTA-Chiapas)

ISBN: 978-607-96285-6-7 (El ala de la iguana)

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO



El Ala de la Iguana



CONACULTA

CONECULTA
CHIAPAS



GOBIERNO DEL
ESTADO DE CHIAPAS

CHIAPAS NOS UNE

Soledad en los cafetales

Nyrma Lara Anzures

Díaspora



chiapaneca



Rama de café maduro listo para el corte

Palabras de la autora

Mis vivencias en el rancho cafetalero, atendiendo la cosecha por espacio de veinte años, me han servido de motivación para escribir estos cuentos. El tema sobre la semilla del café va implícito en los “Azahares de una novia”, donde una joven citadina, sorprendida por las costumbres indígenas de las montañas del norte de Chiapas, interviene para ayudar a una niña a cambiar su destino.

“Frente a una taza de café” es una narración sobre un personaje real, cuya vida estuvo relacionada con el negocio de compra y venta del grano.

“Soledad en los cafetales” es el relato de un descendiente de los pioneros germanos en la siembra del sur del Estado, quien ignora que un episodio de juventud traerá grandes cambios.

La prosa poética: “Mi viejo amigo” también ha sido inspirada por los cafetos que mis padres sembraron a principios del siglo pasado en la finca San Antonio, La Montaña. Deseo compartir mis emociones al recordar esa parte de mi vida que fue una mezcla de alegrías y tristezas, cobijadas en la sombra y envueltas con el aroma del café.

NYRMA LARA

Aroma, cuerpo y sabor

Nuestra ilustre amiga Nyрма Lara Anzures, la de suave voz como el eco de un cafetal —ya reconocida con premios especiales—, me ha brindado la oportunidad inesperada de sembrar algunas palabras en sus originales ideas en torno al grano verde, planas hechas con los juveniles recuerdos de los cafetales. Un solo camino para alcanzar el lugar de las añoranzas, único para llegar y quedarse ahí en la fronda, para ser acariciado y ver nacer un romance con gotas de olvido y luego un fruto del amor deseado. Me llenó de gusto la responsabilidad de pincelar algunas líneas en torno a la singular obra que con su verbo pinta las nubes que se posan en las faldas de las montañas.

El café venció distancias, creencias y conciencias. Surgió de los poros de Abisinia con sus dueños originales mucho antes del cristianismo; en aquellos campos borrascosos, lejanos, llenos de sol y de sapiencia, fueron los árabes quienes propiciaron su feliz fuga al otro lado del globo; su origen creció con aroma, cuerpo y sabor; y sus leyendas de optimismo, desde la intervención del arcángel Gabriel para sanar al profeta de la Meca haciéndolo más viril, hasta que fue Kaldi el pastor juvenil que siempre guiaba a sus cabras hacia plantas misteriosas que les daban bríos y vigor por el día y las hacían dormir poco con la luna

hechizada; pero otro pastor, el de almas, creyendo que era obra del demonio tiró las cerezas al fuego y de las cenizas voló como un ave el rico aroma con su embrujo; y así, en la provincia de Kafa, inicia su peregrinar el ya codiciado grano de café.

En la Meca de los musulmanes, hacia el año 1510 se prohibió beber café, pero como se ordenó tampoco tomar vino, el consumir el nuevo elixir quedó bajo la decisión de cada conciencia y cada fe. De Etiopía emigró a otros aires gracias a las peregrinaciones de los fieles del Islam rumbo a Yemen; pasó a Turquía y llegaron siete granos a la India en el año 1615 y luego a la Meca. Gracias a la degustación y bendición del papa Clemente VIII enraizó en Europa, pero en 1652 cruzó el Canal de la Mancha y se posesionó de Inglaterra al escasear el té, se extendió hasta Holanda y de ahí fue llevado en 1657 a sus colonias asiáticas; en 1669 conquistó a la enigmática París y en 1683 ya estaba en la lujosa mesa de terciopelo veneciana. De los jardines botánicos de Amsterdam a comienzos del siglo XVIII viajó a las junglas de Brasil. Fue en 1723 cuando el capitán francés Gabriel Mathieu se propuso llevar arbus-tos a la Martinica; se cuenta que durante el viaje quisieron envenenar las plantas, luego el barco escapó de un ataque de piratas y finalmente se puso a salvo de una tormenta en el mar embravecido, llegando a las tibias playas de Martinica un solo arbusto, donde se plantó el que sería llamado con mucha razón “oro verde”.

A la isla de Jamaica arribó la bella planta de café en 1730, de allí a la República Dominicana y luego a Cuba; a Guatemala la llevaron los jesuitas en 1750 y a Puerto Rico en 1755; en 1784 besó los campos de Venezuela, luego sintió los frescos suspiros de Colombia; los primeros colonizadores de Estados Unidos trajeron también sus semillas de café, convirtiéndose en el primer consumidor mundial, y

finalmente hacia 1790, en las costas del inmenso territorio mexicano con sus variados climas y jugosos suelos, brotaron las esmeraldas y estéticas figuras: Arábiga y Robusta, es decir, que los iniciadores de la independencia no sólo tomaban chocolate tropical, sino también el aromático café con agua o con leche.

El romántico café superó a los finos perfumes del París aristócrata; su sabor especial se prefirió por aquellos caballeros de elegantes carruajes y las damas de sombrero y guantes, al afamado coñac versallesco; su cuerpo, por especial a la vista, el exigente paladar lo apetecía; el embrujo de color ámbar se dibujó en los vasos cristalinos de material selecto, y es que ya se había convertido en una moda social con sus leyendas y mitos. No obstante su modesto origen, superó océanos, su esencia se impuso al gusto y al tiempo, porque aún hoy sigue venciendo ritos. Con el café nacieron amores y se unieron extraños; cimentó su espiritualidad y voluntad, y se entregó cual pareja para fijar nuevas costumbres. Desde siempre, conquistó tiempos y el mal tiempo no segó sus cumbres. Con su fino color de miel se alegran las neuronas, despiertan los sentidos y surge la compañía fiel. Lo prefieren los lujos de la trilogía: tabaco, coñac y café; es la elegancia y buen gusto, quien lo esquivo es porque no ha convivido con él, porque lo aprecian la perseverancia y buena la buena fe. Esa buena fe se impregnó en las ideas de Nyrma, para obsequiarnos páginas donde florecen sentimientos románticos y virtudes; dos almas alejadas se vuelven a encontrar en un sendero de jade, vestido de orquídeas y montañas de café.

VIRGILIO A. ARIAS RAMÍREZ

Los azahares de una novia

Una fría mañana, al internarme en los cafetales y tocar la sedosidad de los capullos blancos que habían brotado en las ramas de los arbustos, imaginé que eran mis azahares de novia y los cafetos alineados adornaban el pasillo de una iglesia.

Con el romanticismo de los dieciocho años propiciado por las novelas almibaradas que leía durante las vacaciones y por haberse cumplido mi sueño de conocer la finca de mis padres, cerré los ojos aspirando el aire húmedo, la brisa al mover el follaje susurraba en mis oídos la marcha nupcial.

En medio de esa exuberancia me sentí en un mundo diferente al de la Metrópoli: sin estridencias, contaminación, ni un reloj que acelerara mis pasos. El sol se esforzaba por atravesar la penumbra que formaban las copas de los árboles, que horas antes habían alojado a cientos de aves.

De pronto escuché un leve gemido que me sacó de la abstracción; asombrada, vi a una chiquilla de piel trigueña y ojos almendrados escondida en la oquedad del cerro. Por los ademanes y el miedo en su carita deduje que se había extraviado, hablaba atropelladamente el idioma local que no entendí. Traté de abrazarla, ella me miró con extrañeza, cuando le mesé el cabello se fue tranquilizando poco a poco. Tomadas de la mano subimos por la vereda hasta llegar al casco del rancho.

La nana Josefa salió a nuestro encuentro, estaba preocupada por mi seguridad. Yo tenía la esperanza de que ella identificara a la niña, pero dijo que no la conocía. Después de algunas preguntas que le hizo en dialecto y que ella contestó entre llantos, me explicó lo que comprendí con enojo y sorpresa.

De acuerdo a la tradición indígena, sus padres la habían entregado a una pareja de nativos que tenían un hijo con el que la juntarían con el fin de que se hallaran y al tener la edad suficiente, pudieran procrear.

Mi indignación crecía al escuchar que la cambiaron por dos litros de aguardiente, cien mazorcas de maíz, un puerco y dos mudas de ropa, una para ella y otra para su mamá.

Al llegar mi padre, le rogué que interviniera en ese asunto tan denigrante. Él escuchó mis razones, advirtiéndome que sería difícil ir contra las arraigadas costumbres indígenas, mas al ver mi congoja prometió hacer algo al respecto.

Ordenó que se presentaran los padres del muchacho, quienes lanzaban furiosas miradas a la niña que con la cabeza baja temblaba asustada. La nana me tradujo lo que ahí se decía. Ellos, indignados, alegaban que los padres de la niña al recibir el bocado se habían comprometido a entregar a su hija quien al tratar de huir los había enemistado y sería repudiada por ambas familias. Al escuchar esa sentencia el llanto de la niña aumentó, lo mismo que mi indignación.

Incrédula e impresionada, supliqué a mi padre que se quedara con nosotros. Él titubeó breves minutos, al recapacitar recriminó severamente al par de indígenas y los despidió colérico.

Su adusta mirada se suavizó al vernos abrazadas; tomando nuestras manos entre las suyas, le dijo a la nana Josefa:

—Se querrán como hermanas, ya lo verás...

—Sí patrón, este encuentro fue propiciado por sus ángeles.

Algunos años después, al casarse con el hombre elegido fui su madrina de boda. Al ver los azahares del tocado y del ramo entre sus manos, recordé con alegría mis sueños juveniles y las flores del café que estaba contemplando el día que nos conocimos.

Amor indígena

A través de la montaña por un angosto camino, cabalgaba un hombre que se dirigía al rancho cafetalero de su propiedad situado en los altos de Chiapas. Gallardo aún, pese a que frisaba los sesenta años, las canas escaseaban en sus sienes; aunque ese día la dureza de su mirada y el ceño fruncido lo hacían parecer de más edad.

Con enojo reprimido fustigaba al caballo en su prisa por llegar. Él sabía que los problemas agrarios por los que estaba pasando necesitaban de toda su firmeza, estaba dispuesto a luchar con denuedo por conservar sus cafetales.

Veinticinco años atrás, su padre le había dado posesión de esa finca. Al cederle el mando le habló de sus prerrogativas y obligaciones así como el respeto que merecían las costumbres de los nativos que ahí laboraban. Omitió referirse al derecho de pernada por estar en desuso hacía mucho tiempo y no creyó conveniente recordárselo conociendo la sensatez de su hijo.

Aun así, él se lo adjudicó al ver la lozanía y sencillez de las jóvenes indígenas. Las mancillaba la noche anterior en que las desposaban, haciendo caso omiso de las miradas de odio que le dirigían los varones ultrajados, que por respeto soportaban tal ignominia.

En un principio se disculpaba a sí mismo por su juventud y soltería. Después de casarse, su esposa presentaba un em-

barazo riesgoso y debía permanecer en la ciudad. Él pretextó soledad y seguía con su ominosa conducta.

Aun después del nacimiento de su primogénito no cambió de proceder. Cuatro años más tarde, al tener en sus brazos a su hija se sintió ruin y sucio. Como crueles latigazos llegaron a su mente los rostros de aquellas jóvenes que temblorosas acudían al llamado del amo y sumisas se le entregaban. Contemplando a la recién nacida la sintió tan indefensa que arrepentido se prometió respetar en adelante a las mujeres de los indígenas y tener hacia ellos un trato más humano.

A pesar del cambio en su actitud todo indicaba que las heridas no habían cicatrizado y amenazaban con abrirse. Sentía impotencia ante los alegatos de sus empleados quienes al paso del tiempo reclamaban privilegios, al recordar eso una bocanada de bilis lo hizo escupir con fuerza, al mismo tiempo que furioso espueleaba a su caballo.

Casi al llegar al casco del rancho, detuvo su marcha en seco al ver que por la angosta vereda que bajaba al río, una esbelta muchacha subía con un cántaro al hombro, sus gruesas trenzas adornadas con listones caían sobre la blusa que se adhería al busto redondo y firme, la enagua azul se ajustaba a la breve cintura por medio de un ancho cinturón tejido. Para saludarlo puso el recipiente en el suelo y cruzó los brazos a la altura del pecho, bajando la cabeza con respeto.

Él contestó el saludo y enseguida le preguntó su nombre y el de sus padres, al obtener respuesta ordenó que se presentara a la “casa grande” esa misma tarde. Ella asintió.

Él se había sorprendido por ese encuentro, que disimuló muy bien con su tos de fumador, siguiendo su cabalgar. Ya no le cabía duda de que esa joven era la elegida de Pedro, el hijo mayor del caporal, porque éste le había pedido consentimiento

para la unión de los jóvenes. Por supuesto que él jamás lo consentiría.

Esa misma tarde dos muchachas subían por el camino empedrado hacia la casa del patrón. Con acento quejumbroso una de ellas decía:

—¡Ay Juana, mirá cómo me tiemblan mis canillas del puro susto!... ¡Fijáte que cuando regresaba del río me topé con el “cajual”, que venía del pueblo, me preguntó que quiénes eran mis tatas y que tenía que hablar conmigo... Orita me está esperando. Tengo hartito miedo que le haigan ido con el chisme de que el joven Julio me estuvo chuleando la última vez que vino, como me puse colorada quiso besarme los cachetes, yo me zafé pero cuando mi cuerdo quero llorar, también quero reír!

—Tas bien loca Chepina... no tengás miedo, el patrón no es malo.

—Ora tengo muncha alegría porque falta poco para las navidades y lo voy a volver a ver, ya estoy acabando de bordar la blusa que voy a estrenar. Ya lo sé que es hijo de los amos pero ¿qué querés? Mirá cómo se aloca mi corazón al pensar en él.

—Ya llegamos, Chepina; entrá vos solita, yo me quedo aquí en el corredor.

—¡Ponéte a rezar por favor Juana!

Una hora después salió la muchacha llorando y con el rostro desencajado. Su amiga le preguntó la causa y en cuanto se calmó le dijo:

—Ora si me quero morir de a deveras, Juana. Si el cajual me hubiera cachetiado o corrido no sentiría esta tristeza tan grande. Fijáte que primero me preguntó si quería yo tener marido, le contesté que no. Luego me dijo que el caporal le pidió su venia pa' que el Pegro y yo nos matrimoniemos, pero que él no va a dar

su permiso. Que no me voy a casar con ninguno de este rancho.

—¿Por qué te dijo ansina?

—No lo sé. Me empezó a sobar la cabeza, así como le sobo el lomo a mi gato, aluego, me habló de cambios, de hacer justicia y muchas otras cosas que no entendí. Se quedó muy pensativo un güen rato, en eso me animé a preguntarle por su familia, y dijo que la “Nantic” está bien de salú. La niña Susana, dizque ya es una señorita, y que el joven Julio no vendrá por mucho tiempo. Se jue pa’l extranjero y crioque eso está bien lejos. No me aguanté y me puse a llorar, él me preguntó por qué estaba jirimequeando y le solté todita la verdá: que ya no duermo, que todo el día pienso en el joven y si no lo vuelvo a ver me va a dar la tirisia. Él se quedó callado, muy serio. Yo me encogí esperando el sopapo que por alzada ¡taba güeno! Pero en lugar deso me agarró los hombros bien juerte y con harta tristeza me dijo que ya no pensara en el joven Julio ni en el Pegro porque los tres... ¡Semos hermanos!

Frente a una taza de café

Esa sería la tercera vez que Irene acudía presurosa a una cita con su primo Francisco. Seguramente, pensó, le endilgaría una perorata acerca de sus conocimientos en las finanzas, la exportación del café o la reseña de su último viaje. Ella lo consideraba una persona entusiasta aunque otras opiniones familiares decían que era un megalómano. A los cuarenta y dos años, tenía una buena esposa, dos hijos, un próspero negocio que su padre había dejado en sus manos y al que le prestaba poca atención.

La joven señora desesperaba por la lentitud con que los automóviles avanzaban, a pesar de que la ciudad no era muy extensa. Al instante, recordó que varios años atrás, cuando Francisco y ella residían en la Metrópoli, la primera cita hecha con urgencia fue a “La Casa de los Azulejos”, para presentarle a su prometida, con la que se casaría al recibirse de ingeniero. La noticia le agradó porque era señal de cordura que él necesitaba para la tranquilidad de sus padres.

Como el trayecto le parecía eterno, siguió con sus pensamientos. Ojalá, que el primo no quiera sermonearme como lo hizo cuando me dijo irresponsable, por no estar enterada del origen de los negocios de mis padres. El muy canijo me llamó frívola y consumista.

Atemorizada por desconocer esos rumbos de calles solitarias y ni a quién preguntarle por la dirección que había anotado en un pedazo de papel, trató de tranquilizarse. Con una sonrisa, volvió a sus recuerdos.

Acostumbrada a los cambios de humor de su primo, no le extrañó que esa misma ocasión, frente a una taza de café, empezaran las preguntas que con gesto adusto le hizo.

—Vamos a ver primita... No tomas café, porque no te gusta. Eres indiferente al delicioso aroma, al exquisito sabor y al estimulante efecto de esta bebida celestial que le fue otorgada a los humanos como el mejor de los regalos.

Ella lo escuchaba sin comprender a qué se debía que él se refiriera al tema del café. Su gesto de asombro lo incitó a seguir.

—¿Has visto el café en cereza, has probado la sabrosura de su miel? ¿Sabes en qué época del año se cosecha el grano, quiénes lo cortan, que lo despulpan para quitarle la cáscara? ¿El tiempo de fermentación de la semilla? ¿Cómo se beneficia, se seca en patios de cemento para luego encostarlo y venderlo al mejor postor?

—¿A qué viene tanta pregunta, primo? Ya me aburríste, acaba tu café y vámonos.

—Primero dime, ¿de dónde salió el dinero para que te compraran el automóvil que manejas? Ese relojito que traes es muy fino. Lo mismo tus anillos. Todo proviene del café, aunque te aburra.

—Me voy, dijo impaciente, dirigiéndose a la salida del restaurante, él la siguió con una sonrisa de suficiencia.

Salió de sus pensamientos cuando vio con extrañeza que estaba frente al Hospital Regional. La dirección que le habían dado por teléfono era la correcta. En cuanto se estacionó, dos hombres con aspecto de judiciales la esperaban para condu-

cirra por los pasillos de paredes frías, hasta llegar a una sala donde vio sobre una plancha de acero una figura humana cubierta por ensangrentada sábana que el enfermero destapó con prisa.

Ella creía estar dentro de un mal sueño; por su espalda sintió el frío de las gotas de sudor que antecedían a los desmayos que por la hipotensión padecía con frecuencia. Se aferró al borde de la cama de cemento, muda, pálida y temblorosa.

Como en un túnel escuchó las voces que le decían que necesitaban que identificara el cadáver. Ella observó aterrada las facciones de ese rostro amoratado que poco tenían del atractivo joven que fue su primo. Su gesto soberbio había desaparecido de los labios ensangrentados que en el rictus de la muerte mostraban un negro vacío.

La sacaron de ahí para informarle que la avioneta que él piloteaba se había desplomado cerca de la ciudad. La llamaron porque entre los documentos del occiso estaba su nombre, número telefónico y agenda con la siguiente anotación: martes 13, invitaré a mi prima Irene a volar al rancho.

La joven comprendió con angustia el motivo de la cita: Francisco quería darle una sorpresa e iba a llevarla en la avioneta que estaba estrenando. También le enseñaría los documentos de su nuevo negocio, la exportación de café.



Panorámica de las montañas del norte del estado de Chiapas

El café con la leche

A mediados del siglo veinte, en su residencia de la Capital, los señores Larios Suárez discrepaban sobre la importante decisión que iban a tomar acerca de cuál de sus dos hijas heredaría en vida la plantación de café que poseían en el sur de la República. Con la sensatez que lo caracterizaba, el jefe de familia expresó su opinión:

—El esposo de Celia es un burócrata que no sabe nada sobre la vida rural y ella tampoco. Además, el cambio a la provincia sería muy difícil, por los estudios de sus cuatro niñas.

—Tienes razón, dijo ella con resignado acento; Roberto, el marido de Mirna, es ganadero, conoce todo sobre la vida campirana y es el más indicado. El mayor inconveniente es que su madre y yo hemos tenido problemas de toda índole y quiere cobrarse con nuestra hija, que por caprichosa no escuchó consejos y ahora está pagando las consecuencias. Me parece que ese yerno es hijito de mamá—añadió con sorna—.

—¡Precisamente mujer! Cederles el rancho será lo ideal para que se independicen. Él trabaja como administrador de la hacienda de sus padres, con un sueldo y comisiones. Económicamente, sé que pasan apuros, ella está esperando otro bebé. Así que ya está decidido.

El gesto habitual en la mujer cuando se le rebatía, apareció de inmediato. El antiguo encono hacia su con suegra la alteraba, sin embargo cedió ante los razonamientos de su esposo, quien a causa de la diabetes tan avanzada tenía muchas limitaciones para viajar. Ella podía ir y atender la cosecha, pero él necesitaba de sus cuidados.

El señor Larios se enteró que su hija Mirna iba a estar unos días en la capital del Estado de Chiapas y la citó a la notaría donde iban a legalizar la herencia.

Mirna, gratamente sorprendida, besó a sus padres agradeciendo la donación. Con una sonrisa les dijo:

—No se imaginan lo oportuna que es para nosotros esta ayuda. Precisamente vine a consultar al doctor y todo está bien, mi bebé nacerá en junio.

—Qué bueno, mi hijita, de todas formas cuídate mucho.

—Pero... he tenido algunas discusiones con la mamá de Roberto y no quiero que se repitan las molestias que tuve en mi primer embarazo por sus injerencias. Este regalo que nos hacen es magnífico, gracias otra vez papacitos; tras una pausa añadió: ¡Pondremos todo nuestro esfuerzo. Hay que conseguir variedad de semillas y renovar los cafetos; en fin, todo lo que ustedes tenían planeado lo haremos nosotros!

Al ver el entusiasmo de la joven y conociendo su tenacidad confirmaron que habían hecho lo correcto. Ella preguntó cuál había sido la reacción de su hermana, a lo que contestaron que le habían dado la tienda de ropa, en el centro de la ciudad, y estaba conforme.

Al presentarle las escrituras a su esposo, Mirna vio que él apretó las mandíbulas con enojo, sin embargo siguió leyendo. Al terminar dijo con disgusto:

—Bueno... de ser administrador con mis padres pasaré a ser administrador con mi esposa, al mismo tiempo que le señalaba una cláusula en el escrito..

—¡No me di cuenta de eso, mi vida!, dijo apenada, al ver que era la única dueña y a su esposo lo designaban como administrador. De inmediato pensó en la intervención de su madre para dicha cláusula. Como nada podía hacer al respecto, con acento meloso continuó:

—Ahí, seremos los patronos. Sólo tú ordenarás. Te juro que nunca habrá una discusión sobre eso. Tú me conoces, mi amor. Considera que ya vamos a tener otro hijo y necesitamos pensar en nuestro futuro.

—Lo platicaremos después —dijo él secamente— vamos a ver qué dicen mis padres acerca de esto.

La noticia provocó gran enojo en la de por sí iracunda mujer; el joven recibió los insultos en silencio.

—¡Vaya hijo, felicidades!, ante notario y toda la cosa te nombran mozo de tu mujer. Ya te veo besándole los pies a ella y a la hipócrita de su madre. Lárgate, deja el trabajo tirado, y a tus padres solos, sin ayuda. ¡Te va a ir muy mal porque le estás quitando el pan de la boca a tus hermanitos!

Roberto permaneció callado, apretando las mandíbulas por la impotencia que el respeto le imponía. Su padre se levantó de la poltrona y abrazándolo le dijo alegremente:

—¡Te felicito, cafeticultor! Es magnífico ese detalle de heredar en vida a los hijos, tienen más empuje que uno. Por nosotros no te preocupes, tu hermano está por casarse y se hará cargo del ganado. También mi compadre Juan puede hacerlo. Tus hermanos menores están estudiando en la capital. Tú a formar un patrimonio, te

lo mereces. Al que también voy a felicitar es a mi con-suegro.

Días después, Roberto se adelantó al rancho situado al pie de la montaña distante cinco kilómetros a caballo. Mirna y su niña se quedaron en la casa del pueblo, debido a lo avanzado de su embarazo.

Al revisar los cafetales, el joven se preocupó. Estaban enmontados; por lo mismo, el grano era escaso, y la cosecha empezaría tres meses después; debía solicitar un crédito bancario para los gastos que eso requería e ignoraba todo al respecto, su carácter combativo lo tomó como un reto y se preparó para la lucha.

Había dejado la administración de la finca paterna. Sus conocimientos sobre la ganadería eran extensos. Habitado desde su niñez a seguir a los vaqueros mientras estaban en sus faenas, presencié desde el nacimiento de un becerro, la vacunación, los cuidados requeridos, los encierros, hasta el apareamiento de las vacas. Recordó con una sonrisa su impaciencia en la época de la castración para que asaran las criadillas y degustarlas sentados alrededor de la hoguera a campo raso, entre bromas y risas de los vaqueros. También el orgullo que lo embargó al ver cómo con el hierro candente marcaban sus iniciales en el flanco de los novillos que su padre le había designado.

Acostumbrado a las planicies de la ribera, al tráfico constante de campesinos por ser camino real, la tienda siempre llena de clientes de los alrededores, aquella quietud de ese aislado lugar lo hacía sentirse como en otro mundo, aunque fueran predios de la misma región.

También la humedad que casi se materializaba y el frío dentro de la casa de piedra de amplios corredores lo mantenían

triste y deprimido. Afuera, el sol queriendo traspasar la sombra de los árboles en forma de sombrillas que ayudan al crecimiento de la semilla, lo hacían añorar los candentes rayos que incitaban a darse un chapuzón en el ancho río de los llanos donde creció.

Al cumplir los tres meses del alumbramiento de su esposa, se dispuso a ir al pueblo por ella y por las niñas. La cabalgata salió muy temprano para evitarse el calor de tierra baja. Mirna montaba una yegua de paso seguro. Roberto en la montura del caballo cargaba sobre un cojín a su nena de dos años. A la recién nacida la colocaron en una caja de madera rodeada de cojines que un indígena transportaba sobre su espalda ayudado de un mecapal.

Después de dos horas de bajar llegaron a la orilla de un río. Los arrieros descargaron a los animales para cruzar el vado y ellos lo hicieron con cuidado por el puente colgante. Tomaron sus alimentos, la joven amamantó a la bebé, le cambió de pañales y tras descansar un rato emprendieron el ascenso; cada vez se iba haciendo más pequeña la zigzagueante vista del río.

Al llegar a la cima y dar vuelta al cerro empezaba lo abrupto del camino. El cambio era total, gigantescas hojas húmedas aún por el rocío bordeaban un lado de la angosta vereda; por el otro lado, el precipicio obligaba a poner mucha atención a cada paso de los animales para evitar un accidente.

Faltaba un trecho largo para llegar al casco del rancho, los esposos iban imbuidos en diferentes pensamientos. A Roberto le intranquilizaba la falta de comunicación, ante una emergencia familiar sería difícil salir por ayuda en esa lejanía. Mirna iba dichosa tarareando una canción y con as-

paviento señalaba los ramos de orquídeas que se adherían a los árboles.

Ella estuvo en ese lugar dos cosechas anteriores a su matrimonio. Se había aburrido a pesar de ayudar a sus papás revisando los libros o vendiendo en la tienda. En la cocina repartía la comida vespertina a los cortadores eventuales, se internaba en los cafetales, leía tendida en el pasto o en la hamaca. Pero del cuidado del grano lo ignoraba todo.

Ahora que llegaba convertida en patrona se sentía feliz, por el hecho de sacudirse el yugo invisible pero agobiante de su suegra. Además, el frío le agradaba más que el sofocante calor de la ribera. Su optimismo la ayudó a sobreponerse a la falta de agua corriente, de energía eléctrica y de una estufa de gas. Roberto admiraba la facilidad que su esposa tenía para adaptarse al entorno y encontrarle gusto a todo.

Desde los primeros días de su estancia, la pareja decidió contratar a una persona experta en la siembra y el cultivo del café que les enseñara. Así aprendieron lo que era un almácigo, que debía tener sombra, aire y agua para que la semilla creciera con las cruces necesarias para ser sembrada. Que se necesitaban hacer hoyos para sembrar los cafetos equidistantes y en líneas con suficiente espacio entre ellos.

A pesar del cansancio y las incomodidades eran felices viendo crecer a sus hijas, sanas y contentas en el clima frío de la montaña. Tres años más tarde, la pareja tuvo otra niña que los colmó de gusto y también pasó sus primeros meses en el tiempo de la pizca del café.

Debido a los cuidados y esmero que pusieron en el manejo del rancho, las bodegas estaban al tope de café pergamino, de

maíz, frijol y tabaco. Contaban también con personal y el futuro era promisorio. Roberto recibió de sus padres un terreno con pastizales y un número de vacas que aumentó la bonanza de la pareja.

Sin suavizarse las relaciones entre suegra y nuera, coincidían en las reuniones familiares soportándose ambas con fingida cortesía. Durante una celebración los dos consuegros comentaban satisfechos que ellos habían sido muy sabios en reunir el café con la leche.



Antiguo camino de herradura que atraviesa la montaña.
Municipio de Simojovel, Chiapas

Soledad en los cafetales

En un estudio ubicado en la ciudad de Berlín, el pintor Frank Leckman veía asombrado el lienzo que la noche anterior en medio de la obnubilación plasmó de verdes y encendidos toques rojos, colores desusados en sus cuadros en los que prevalecían los tonos sepia. Notó que en esa mezcla de verdor se vislumbraba una figura femenina, el óvalo carente de facciones lo llenó de extrañeza. Inquieto, se mesaba los cabellos. No sabía qué le inspiró a pintar eso, producto de una noche febril llena de añejos recuerdos. Al ver los pinceles descansando en el caballete con la pintura aún fresca, se esforzó por despabilarse sin conseguirlo.

Pensativo, saboreaba el café que recién había hecho. Con pasos lentos recorría la pequeña estancia, su desasosiego iba aumentando. Para esclarecer sus dudas, reconstruyó en su mente lo acontecido el día anterior.

La llamada telefónica de su hermana Sandra fue el comienzo. Ella le comunicó atropelladamente que el transatlántico en el que viajaba con su esposo en un crucero hacia América incluyó por primera vez en su itinerario una visita a un puerto mexicano para conocer La Ruta del Café y las plantaciones de varias fincas, entre ellas la que pertenecía a la familia.

—¡Tienes que venir, Frank! Les daremos la sorpresa a los abuelitos. Se pondrán felices. Dentro de tres días desembarcaremos en Puerto Chiapas. Ahí te esperamos. Sin falta.

Ella rebatió sus pretextos uno a uno hasta lograr animarlo, consiguiendo que aceptara emprender el viaje hacia allá, prometió que al día siguiente haría los preparativos. Le agradaba la idea de ver a sus parientes y caminar otra vez bajo la sombra de los cafetos.

De pronto, al contemplar el cuadro lo invadió una oleada de inspiración; con la paleta en las manos hizo una mixtura de tonos oscuros y con magistrales pinceladas le dio forma a su obra convirtiéndola en un exuberante cafetal de semillas color granate, listas para la cosecha. El rostro femenino carente de rasgos lo seguía inquietando, no podía seguir; necesitaba contratar una modelo para terminar su obra; decidió hacerlo a su regreso.

Por el momento, los recuerdos de su juventud llegaron nuevamente y con agrado los acogió. Veinticinco años atrás, él y Sandra habían llegado a América durante las vacaciones escolares, para cumplir la promesa hecha a los abuelos en la última ocasión que estuvieron en Alemania.

Estando en México viajaron hacia el Soconusco al sur de ese país, para conocer la finca Nuevo Berlín, propiedad de la familia por línea materna, quienes al igual que otros alemanes fueron pioneros en la siembra del café.

Los dos muchachos iban en un vehículo por la angosta vereda que cortaba de tajo el cerro. En medio de la neblina y la vegetación destacaba el imponente volcán Tacaná. Después de un corto trayecto llegaron a la casona de dos pisos, los corredores y barandales de madera pulida con

estilo europeo parecían fuera de lugar. En los jardines, los esperaba la madura pareja que los recibió con cariño; al mismo tiempo, henchidos de orgullo, los presentaron a sus amistades, mientras los acordes de una marimba alegraban el momento.

Con una sonrisa recordó la emoción y sorpresa que experimentaron su hermana y él por ese recibimiento. En el interior, fueron reconociendo los cortinajes, muebles, candiles y el piano que su madre les había descrito tantas veces.

Un largo suspiro brotó de su pecho sin desearlo, al recordar el cuarteto amistoso que formaron con los hijos del mayordomo: Isidro de su misma edad, diecisiete años, inteligente, algo tímido al principio; en contraste con Chole, una despierta quinceañera en cuerpo de mujer nacida en el trópico, apenas un año mayor que Sandra.

Juntos recorrieron hasta el lugar más escondido, igual bajo un candente sol que los obligaba a refrescarse con un chapuzón en el arroyo o de fuertes aguaceros que duraban poco tiempo. El bullicio y sus carcajadas rompían el silencio de la montaña, sintiéndose los amos de la naturaleza, libres como ella.

Precisamente ese sentimiento de libertad, teniendo como cómplices la juventud, los orilló a Chole y a él, a dejar libres sus instintos.

Estremecido por la emoción, recordó que los dos tuvieron que refugiarse en una bodega abandonada. El intenso aguacero había tirado un vetusto árbol y les impedía el paso. Sandra e Isidro, quienes les llevaban ventaja en la vereda, regresaron asustados al escuchar el estrépito y el crujir de ramas. Los llamaron a gritos y al cerciorarse de que estaban bien, fueron en busca de ayuda. Isidro les indicó que se refugiaron en la bodega, mientras regresaban con los aserradores.

En la penumbra del lugar, se abrazaron medrosos, ambos compartían la idea de que sus vidas habían estado a punto de terminar bajo el tronco y las ramas de ese roble que se desplomó ante sus ojos.

La angustiada mirada de la joven le hizo recapacitar. Él, debía protegerla y un sentimiento de reciedumbre y virilidad lo invadió. Secó sus lágrimas con besos tímidos, que ella recibió sumisa y trémula. Él no recordaba cuánto tiempo transcurrió pero sí que la entrega no fue nada más de sus cuerpos, habían entregado sus almas. Avergonzados, se apartaron al escuchar voces y el peculiar ruido de las sierras cortando los troncos y las ramas del gigantesco árbol.

En los días siguientes, Chole no quiso volver a verlo y se encerró en su casa. Sólo recibía las visitas de Sandra. Una semana después ellos regresaron a Europa. El recordar ese pasaje de su vida lo consternaba, llenándolo de arrepentimiento.

Podía considerarse un arquitecto exitoso. Dedicaba el tiempo libre a la pintura porque ante un lienzo en blanco, mezclar los colores y el olor del óleo despertaba su creatividad y calmaba su inquietud.

Se había casado, el matrimonio había durado poco tiempo, su inestabilidad emocional le impedía adquirir compromisos. Muchas veces, la única compañía que tuvo fue una botella de licor. Al carecer de alicientes, se consideraba viejo con sólo cuarenta y dos años.

Con triste mirada abarcó su entorno: el título, diplomas, reconocimientos profesionales, todo lo que en un momento le causó satisfacción le era indiferente, nada le importaba.

Al pensar en el viaje sugerido por Sandra se sobrepuso a la melancolía. Inmediatamente enteró a sus padres que viajaría a México, ellos se alegraron al saber que salía del letargo que tanto les preocupaba.

Una vez más, contempló el cuadro que fue detonador de sus añoranzas. Los veinticinco años transcurridos habían ocultado en el olvido momentos importantes que en el presente llegaban a perturbarlo.

Mientras arreglaba su equipaje lo invadió la euforia como si fuera un muchacho que iba a recibir un premio. Durmió plácidamente sin necesidad de somníferos.

Después de varias horas de vuelo avistó la Ciudad de México, admirado por su magnitud y modernidad en sus construcciones que le daban un aire cosmopolita. Dos horas más tarde, transbordó rumbo al Sur.

Con agrado vio que su compañera de viaje era una joven atractiva; el asiento entre ellos permaneció vacío. Ella empezó la conversación.

Con desparpajo, le preguntó hacia dónde iba; al saber que a Tapachula, le dijo que ahí vivía ella con su familia. Que estudiaba Arquitectura en la Universidad y sólo le faltaba presentar su tesis para recibirse. Que su madre era enfermera y en la actualidad guía de turistas cuando llegaban los barcos a Puerto Chiapas. Al llegar a ese punto él dijo con entusiasmo:

—Casualmente mi hermana llegó en uno de esos barcos hace tres días. A insistencias de ella, hice este viaje intempestivo, para visitar a nuestros abuelos.

—Ya estamos aterrizando, gusto en conocerte, Frank.

—Para mí fue un placer tenerte como compañera de viaje, Sonia.

Un vaho caluroso los sofocó al salir del avión. La joven se desabrochó un botón de la blusa dejando al descubierto un dije con una inicial, la ese formada por una víbora, en la cabeza y el extremo de la cola tenía incrustado un rubí.

Él admiró la joya con detenimiento. Al preguntar sobre su origen, ella dijo que lo ignoraba, y continuó:

—Es antiquísima, pertenece a mi madre, se la regalaron y le tiene gran estimación. Ella se llama Soledad. Dice que me puso por nombre Sonia para que yo la luciera, únicamente me la prestó.

—Es una alhaja muy valiosa. Cuídala.

Después de anotar sus números telefónicos, se despidieron amistosamente.

Sandra lo esperaba ansiosa para contarle en el trayecto al rancho que su esposo y ella decidieron a última hora no continuar la travesía para esperarlo. Cambiando de tema le señaló unas construcciones que anteriormente habían conocido, como casas de hacendados que estaban convertidas en pequeños hoteles o museos.

—Ni te imaginas qué interesante es la Ruta del Café. Lo que nos han contado es poco; hay fotografías muy antiguas de los primeros sembradores, cómo empezaron a preparar la tierra, lo rudimentario de los beneficios, el transporte en mulas. En fin, ya te darás cuenta por ti mismo.

—Lo que veo es que sabes mucho. ¿Cómo aprendiste tanto en sólo dos días?

—Ay, hermano, tienes que conocer a la guía de turistas; aparte de guapa, habla perfectamente alemán e inglés. Sabe muchísimo del grano. Es muy apreciada por toda la región.

—Yo también tuve un agradable encuentro en el avión. Una joven que con su amena plática me hizo el viaje de lo más placentero, tienes que conocerla, hermana —dijo, imitándola—.

Ya estaban frente a la casa, que conservaba su sello europeo. Como veinticinco años atrás, una marimba desgranaba melodiosas notas.

—Igual que antaño —se miraron sonriendo— la marimba por estos lugares se escucha en momentos alegres y tristes. Es un deleite escucharla.

—¡Cuánta gente hay en la casa, qué gran recibimiento!

—Hoy los abuelos tienen muchas cosas que festejar aparte de nuestra presencia. ¡Ya lo verás!

Los ancianos lo recibieron con gran cariño. Se les veía plenos de salud y felices, y así se los dijo. Con un halo de misterio el abuelo le dijo que tenían muchos motivos para estar contentos y pronto los sabría.

Lo tomó del brazo y se encaminaron hacia la biblioteca. Frank se dejaba llevar sin salir del asombro. La algarabía siguió entre los invitados mientras ellos se encerraron para hablar a solas. Después de tomar asiento, sin preámbulos, con voz pausada dijo a su nieto:

—Lo que hoy vas a saber cambiará tu vida, escúchame sin interrumpir... Hace veinticinco años, Sandra y tú vinieron a conocer la finca, estuvieron con nosotros por espacio de dos meses. Poco tiempo después de que se fueron, tu abuela y yo notamos que Chole, casi una niña, esperaba un hijo. Su papá renunció al cargo de mayordomo. Avergonzado, quería llevarse a sus dos hijos lejos de aquí, del lugar en que nació y se hizo un hombre honrado y trabajador. Por supuesto que yo no lo iba a permitir. Acordamos tomar en adopción a Chole para atender su embarazo, ella se obstinaba en ocultar la identidad del padre. Al nacer la niña, por sus rasgos familiares, lo claro de sus ojos y de su piel, confirmamos que era nuestra nieta.

Atento a los cambios en el semblante de su nieto, que había pasado de la vergüenza al asombro, vio que iba a replicar y se lo impidió con la palma de la mano en alto y dijo con dureza:

—No he terminado, hijo... Chole continuó en la escuela sin descuidar a la niña. Siguiendo su vocación estudió enfer-

mería, en la actualidad dirige el centro de salud en el pueblo. Le enseñamos inglés y alemán, conocimientos que le han servido bastante. Presta sus servicios como guía de turistas en la Ruta del Café, porque sabe mucho sobre el cultivo y todo lo que se relaciona con el grano.

Al notar que Frank quería decir algo, nuevamente lo calló, prosiguiendo:

—Te preguntará por qué se te ocultó la existencia de tu hija. A eso contestaré: Cuando ella nació, tenías dieciocho años, estabas estudiando, vivías con tus padres y hermana en Alemania. Piénsalo para que nos comprendas. Creo que hicimos lo más conveniente para todos. A tus papás no los enteramos, hubiera sido para ellos una preocupación innecesaria. A nosotros, si quieres llamarnos egoístas, lo fuimos, porque ellas han sido un gran consuelo y compañía.

Frank se tronaba los dedos, la mirada baja y las mandíbulas apretadas, indicaban su impotencia para rebatir lo que estaba escuchando. Movía la cabeza asintiendo, lo que animó al anciano a continuar.

—Hoy eres un profesionalista. Te casaste, no hubo hijos en ese matrimonio; luego vino el divorcio. Has triunfado. Chole estuvo a punto de casarse con un practicante de medicina que se fue sin regresar. Ella sufrió unos meses pues lo quería. Ha despreciado a varios pretendientes. Sus trabajos y llevar esta casa le absorben su tiempo. Su hija, inteligente y linda como ella, nos ha dado muchas satisfacciones. Precisamente hoy estamos celebrando su recibimiento, estudió Arquitectura como tú y ha llegado el momento de que la conozcas.

Por lo que escuchaba en labios de su abuelo, ató cabos esperanzado y ansioso. Con un abrazo confirmaron el inmenso cariño que se profesaban. Frank únicamente tenía palabras de agradecimiento por la sensatez con que sus abuelos habían actuado.

Impaciente, quería salir para corroborar lo que sospechaba. El alborozo entre los invitados por la llegada de la joven homenajeadá llegó a su culminación. Los aplausos, abrazos, la marimba, cohetes, todo era júbilo. Frank esperaba su turno para felicitarla; quería ser el último en hacerlo. Tenía que decirle tantas cosas que al tenerla junto a él enmudeció.

Sonia le tendió los brazos y le dijo con mucho cariño: papá. El sintió que el sol brillaba más y esa luz penetró a lo más hondo de su ser cuando ella le dio un beso. Asombrado aún, se dejó llevar donde estaba Sandra en compañía de una guapa mujer. Al verlo, le dijo con tono festivo:

—Quiero presentarte a Soledad Rivera.

Él saludó con amabilidad. Al mismo tiempo, escuchó la sonora arcajada de su hermana que con voz entrecortada por la risa le dijo:

—¡Qué tonto eres, cómo no vas a reconocerla!

—Sí soy un tonto, pero me acordaba de la chiquilla de trenzas, hoy veo a esta belleza llamada ¿Soledad?... dijiste.

—¡Claro hombre, Chole, es el diminutivo de Soledad!

—Ahora me doy cuenta —dijo apenado señalando el dije de la víbora que Sonia le mostraba sonriendo.

—Yo se lo regalé al despedirme de ella, porque supe que la inicial de su nombre era igual que la mía. Es una joya muy antigua y ahora... sigue en la familia.

Las tres mujeres le sonreían cariñosas. Una gran felicidad lo embargaba al ver el giro que había tomado su vida en pocas horas.

Cuando más tarde preguntó cómo había sucedido todo, Sandra dijo que se reconocieron durante La ruta del café. Cuando platicaron, supo que Chole había tenido una hija siendo adolescente, por las fechas dedujo que el padre era Frank. Al ver una fotografía de la niña, lo confirmó.

Esa misma noche habló con él y los demás, ya lo sabían. Lo que no planeó ella, fue que se conocerían en el vuelo e iban a simpatizar.

No cabe duda que la sangre llama, terminó diciendo. Sonia se alegró mucho al conocer a su padre, aún más al saber de quién se trataba.

La amistad y el cariño que ya existía entre la pareja fueron venciendo la resistencia de Soledad ante el matrimonio y aceptó ser la esposa de Frank. La familia recibió la noticia con sumo agrado. Él quería comunicar personalmente a sus padres que tenía una hija de veinticinco años, y su decisión de casarse con la madre de la muchacha.

Al llegar a Berlín era otro. Su vida dio un vuelco que no esperaba y que lo hacía sentirse pleno. Entró a su estudio, fue directo al cuadro, le quitó el lienzo que lo cubría, y con una sonrisa tomó los pinceles para delinear el rostro que no había pintado, pero que estaba grabado en su mente. Lo firmó y dijo en voz alta: "Le pondré un título: *Soledad en los cafetales*".

Mi viejo amigo

Café, semilla mágica que guardas un aroma
Que se eleva a los aires cual batir de paloma.
En mis años de infancia platicaba contigo
Sin saber que serías para siempre un amigo
Que más tarde darías pan para mis hijos
Un porvenir seguro y también un abrigo.
Los hombres ignoran en su afán de deleites
Los esfuerzos que implican cuidar de tus simientes,
Encaminar tus pasos cual infante inseguro.
Para alcanzar el triunfo al ver tu fruto maduro,
Que suaves manos te cortan para aliviarte del peso
Y más tarde llegar con la ternura de un beso.
Sé, cafeto amigo, que me esperarás por siempre
En umbrosos cafetales de mi tierra querida.
Y estaré contigo, porque tu aroma se mezcla
Con los dulces recuerdos en mi amarga bebida.

Contenido

Palabras de la autora	9
Aroma, cuerpo y sabor	11
Los azahares de una novia.....	15
Amor indígena.....	17
Frente a una taza de café.....	21
El café con leche.....	25
Soledad en los cafetales.....	33
Poema: Mi viejo amigo.....	43

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Rafael Tovar y de Teresa
PRESIDENTE

Francisco Cornejo Rodríguez
SECRETARIO EJECUTIVO

Saúl Juárez Vega
SECRETARIO CULTURAL Y ARTÍSTICO

Antonio Crestani
DIRECTOR GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS

Manuel Velasco Coello
GOBERNADOR

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco
DIRECTOR GENERAL

Susana del Pilar Utrilla González
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco Antonio Orozco Zuarth
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Soledad en los Cafetales de Nyrma Lara, se terminó de imprimir
en el mes de enero de 2016 en los talleres de
Reproducciones Gráficas del Sur, S. A. de C. V.
Amatl núm. 20, colonia Pedregal de Santo Domingo, Delegación
Coyoacán, C.P. 04369, México, D.F.
Tiraje: mil ejemplares, más sobrantes para reposición
Cuidado de edición: Flor de María Mendoza Quino
Diseño: Diana Elizabeth Gutiérrez Pérez
Fotografías interiores: Nyrma Lara Anzures